

De muy léjos famélicas atisban  
Y caense de repeso? ¿Qué más fiesta  
Para cebar su desainado vientre  
Y la bolsa embutir con la moneda  
Que adquirió mi sudor y mi trabajo  
Y mis hijos reclaman?—¿El que pierda?  
Pues páguelo despues el que perdiere.—  
Entiendo; su trabajo, y las dietas....  
Quien mandó trabajar, ése las pague.—  
¿No me incumbe y es mio?—Calla, lengua.—  
¿En mi casa abrigar un delincuente!  
Calumnia.—¿Muy verdad? ¡Legal blasfemia!  
¿Sabes acaso quién oculto? ¿Sabes  
Si oído fué, si recayó sentencia  
De competente juez?—Si nada, nada,  
¿Por qué llamarle criminal? Debieras  
La opinion respetar del ciudadano,  
En tanto que la ley no le condena.—  
¿Con qué, á la cárcel? ¡Arrancarle fiero!  
Su libertad! ¡Cargarle de cadenas!  
No es eso, no, seguridad; castigo  
Intimas, y tal vez á la inocencia.  
¿Qué más, qué más con un convicto reo  
Podrás hacer?—No basta, no; sospechas  
No son delito; donde no hay delito  
Castigo no se da por consecuencia.—  
Yo no me opongo, la verdad se opone.—  
¿Que lo dicen los códigos? Espera.

(Vase, y vuelve con códigos legales de á folio, sacudiéndoles el polvo. Entre tanto el juez se pasea.)

Si bien, oh Juez, colérico te agitas  
Con la tenaz oposicion que encuentras,  
No creo que termine la venganza  
Lo que el derecho y la razon empuja.  
Si sucediere así, sabe que jueces  
Hay para el juez que su camino pierda.  
Contra verdad, ¿qué réplica? en tu mano  
Los códigos están que nos gobiernan;  
Cuando las leyes soberanas hablan,  
Con sumision el súbdito enmudezca.—  
¿Interpretarlas tú! ¡tú! ¿pues ignoras  
Que sólo quien las dió las interpreta?—  
¿Te atreves á negarlo todavía?  
Escucha: supongamos que así sea;  
Verémos cómo sales. Abro el libro:  
Esta ley que á mis ojos se presenta,  
No es fácil de entender; aunque no creo  
Que fuerza ni vigor de ley obtenga  
Lo que con nombre tal guardar se manda.—  
Si no sé lo que manda, lo que veda,  
¿Qué tengo de observar? ¿Cómo es posible  
Que, ciego estando, los objetos vea?  
Y aunque mi vista zahorí se nombre,  
Sin luz....—¿Ya, ya por esto se interpretan!  
¿Y quiénes?—¿Los caudillos?—¿Y cuáles  
Merecen tan honrosa preeminencia?  
¿Los que en sanchez estúpida rebosan,  
Más pagados de sí que un tiempo Aténas  
Lo fuera con Solon, y con Licurgo  
La paciente Laconia? ¿Los que incienca  
Con sus elogios el voluble pueblo,  
Y en gárrula farándula campean?  
¿Los que con ella al infeliz embáucan,  
Y con su ruina lamentable medran?—  
Y si aquellos que el público renombre  
Distingue de la rábula caterva,  
Encontrados están en opiniones  
Sobre la genuina inteligencia  
De una ley, ¿á cuál, di, nos atenderemos?—  
¿Lo que mejor nuestra razon aprecia?  
Otra opinion: ¿y si otro la repugna,  
Imaginando ser mejor la opuesta?  
Acabóse la ley en este caso.  
En su lugar las opiniones entran,  
Arbitrarias de suyo, variables....  
¿En dónde, entónces, la segura regla  
Tendremos? Que sin este requisito  
Las leyes nada son: sin él, eterna  
La estrepitosa contencion sería,  
Y todos camináramos á ciegas.  
Vengamos al propósito indicado

De aquellos que su espíritu comentan,  
De aquellos que, tenidos en valía,  
En opinion y autoridad descuellan,  
El saber á los suyos repartiendo,  
Como Febo la luz á sus estrellas.  
Cuando el sentido de las leyes fijan  
Y resuelven no más por sus ideas,  
Cuando le adopta el leguleyo incauto  
De sus pobres clientes en defensa,  
Y á su tenor el magistrado falla,  
Condenando, absolviendo.... ¿quién condena?  
¿Quién absuelve? ¿La ley? Ni meditada,  
Ni vista fué por la faraute secta.—  
Ese, el comentador, tú lo dijiste;  
Ese á legislador ó juez se eleva;  
A ley su decision, tal vez contraria  
A lo que el texto literal enseña;  
Ese la grave majestad usurpa,  
Y vosotros correis á su bandera.  
De aquí el perpétuo cavilar, enredos,  
Fraudes y zancadillas leguleyas.  
Las causas ya no son lo que al principio;  
El punto capital dormido queda;  
Absórbese el proceso un incidente  
Que con astucia páfida atraviesan.  
El abrumante cúmulo sócorre  
De fórmulas; en fórmulas tropiezan  
Los rivales; en fórmulas se aplanan;  
En intrincadas fórmulas se enredan.  
Si en laberinto igual Tesco entrase,  
No le sacáras, Ariadna bella.  
Escribe, escribe, escribe el abogado,  
Charla sin modo, su pulmon esfuerza;  
El sitial removido se estremece,  
El aire viene y va, que manotea;  
Retumban los salones espaciosos,  
Y el foro con estrépito resuena.  
La enormidad se tasa del proceso,  
Y los derechos su cerviz enhiestan (1).  
Sobre vencido y vencedor al punto,  
Cayendo en escuadron, la chusma cierra.  
Por todas partes los embiste, y abre  
En su bolsillo despiadada brecha;  
Salta, se dan á discrecion.... saqueo;  
Cástralos, y castrados los desuella.  
Y al ver que en un instante se quedaron  
De su largo afanar sin la cosecha,  
Y de sus hijos el amado enjambre  
Cubrirese de nudez y de miseria;  
De sí mismos, del pleito, jueces, leyes,  
Curia, curiales, defensor, reniegan.—  
Si ambigua, al que la dió compete sólo  
Aclararla. Supon que tus ideas  
La tenebrosa confusion envuelven;  
¿A quién se pedirá que desenvuelva  
De tus palabras el sentido?—Cierto,  
A tí no más.—Si al procomun adversa,  
Abolirla y al fuego; si concisa,  
Extiéndala; cercénela, si extensa;  
Y si en choque fatal está con otras,  
Haga que todas entre sí convengan;  
Que todas estrechándose, hermanadas,  
Mutuamente se animen y protejan.—  
Con encendidas lágrimas escucho  
Tu sabio razonar; ¡mala vergüenza!  
Dices bien, que tan bárbara ignorancia,  
En asunto que á todos interesa,  
Domine al español entendimiento!  
Aquí, por lo comun, como una bestia  
Se nace y muere; lo que llaman vulgo,  
Envuelto en idiotéz, ni ve ni piensa.  
Si vas uno por uno preguntando  
Qué es sociedad, y qué lugar en ella  
Ocupa, sus derechos y deberes,  
Lo que hacer, evitar la ley ordena....  
Hasta los nombres causarán espanto;  
Empero las ridiculas leyendas  
De vestigios y mágicos portentos,  
Espectros terroríficos, horrendas

(1) Variante:  
Y los derechos hácense mil piezas.

Visiones, milagrosas vaciedades,  
Supersticion, agüeros y consejas,  
Que en el cándido albor de su mañana,  
Con ávidos anhelos aprendieran,  
Con el mismo calor, el mismo asombro  
Cien veces lo dirán; con la sorpresa  
Que su infantil espíritu agitara,  
Sin discrepar un ápice siquiera,  
Cien veces volverán á decorarlo.  
Tal es ¡oh juez! la educacion primera;  
¿Qué será de esperar en adelante?  
Que se arraigue el error y las tinieblas,  
Grosero error, estupidez.... aciago  
Origen ¡ay! de las desgracias nuestras.—  
Si, también á los padres y á tí culpó,  
Por más que el gesto furibundo tuerzas.—  
Repito que observar es imposible  
La ley de que jamas tuvimos ciencia.—  
¿Cómo puede obligar lo que se ignora?—  
¿En qué parte residen las escuelas,  
En donde, con sollicito cuidado,  
Sus derechos los jóvenes aprendan?—  
No por otra razon en la milicia,  
Al infeliz soldado que procesan,  
Como por punto primordial preguntan,  
Antes que cargos á formar procedan:  
«¿Te fué, dime, leida la ordenanza?  
¿Sabes tu obligacion? ¿Sabes las penas  
Que sin excusa al infractor imponen?....»  
¡Oh! ¿qué disposicion tan justa y cuerda,  
Que á todas clases comprender debia!  
Los delitos entónces no se vieran  
Que la ignorancia da. ¿Por cuál desgracia  
Estos de aquéllos sin razon discrepan?—  
A cada paso innúmeros encuentro  
Con canas blanqueada la cabeza,  
Y con arrugas el semblante arado,  
Sin que ¡oh dolor! el silabario sepan.—  
¿Fácil? Tanto peor si no lo saben.—  
¿Y cómo digerir tan indigesta  
Mole de leyes, retener....? ¿Qué digo  
De retener y digerir? Leerlas  
Tan solamente.... ni lograrlo pueden  
Los que el gran arte de embrollar profesan,  
Y en los embrollos su pitanza libran,  
Honores, ademas, y conveniencias.—  
Desde el instante mismo que los hombres  
De su letargo vergonzoso vuelvan,  
Abogacia, abur; abur, letrados.—  
Jamás oi tan frívola respuesta.—  
Si con derecho, por ser juez, te juzgas  
Para insultar impune, ¿cómo yerras!— (1);  
A tí te digo que la ley quebrantas,  
Cuando porñas, necio, que la observas.  
Atenido á su espíritu, persigues  
Al vil insultador, y el anatema  
De la justicia con desnuda espada,  
Sin admitir apelacion, le asestas.  
Y tú, que en nombre suyo la ministras,  
¿Por qué no te fulminas la sentencia  
Que, en igual caso, á los demas aplicas?  
¡Insultarme tú á mí!.... ¡Tal insolencia  
En un juez! ¡Ah! por vida de Sincero,  
Que de ninguno toleró la mengua....  
Si tienes más que preguntar, prosigue;  
Clara y sencilla tu pregunta sea:  
Ni tortuosa, ni capciosa admito,  
Ni admito las espléndidas ofertas,  
Ni la velada seduccion, que alevés  
A perder al encanto se enderezan  
Con nombre de piedad y de justicia.  
Tal idioma con razon desecha  
La angusta majestad de nuestras leyes.—  
Verdad es que oculto aquí se encierra  
Uno que vino mi favor buscando.  
Mi compasion al verle se despliega,  
Ofrezco mi casa generoso,  
Y mi cariño su temer aleja;

(1) Variante:  
Si porque eres un juez, autorizado  
Te crees para insultar, ¡oh!, cómo yerras!

II. PS.-XVIII.

Implora proteccion, con mano amiga (2)  
Mi proteccion le doy.— Fuera vileza  
Entregarle; jamas: de mi palabra  
Fiado, se calmó. ¿Tú mismo hicieras  
Lo que de mí pretendes? No lo creo,  
Si sentimiento de honradez conservas,  
Y si de un semejante las desgracias  
Ese tu hidalgo corazon penetran.—  
Yo no le entrego: fué retado; admite,  
Porque su honor y la opinion le empeñan;  
Porque las leyes su vigor perdieron.—  
Y sin educacion, ¿de qué aprovechan  
Las leyes? Estas por aquélla viven.—  
¿Al reves? Me parece que no aciertas  
Cuando así fallas.— Con valor constante  
Los males sufriré que sobrevengan.—  
¿Amenazarme tú? Las amenazas,  
¿Con qué aprobada facultad empleas?  
¿Qué ley lo manda? Mnéstrala; ninguna.  
Muy al contrario, con rigor lo vedan.—  
¿Como particular? ¿A qué viniste?  
¿Quién te otorgara, para entrar, licencia?  
¿Y quién la libertad de amenazarme  
En mi casa? Sincero te respeta  
Mientras ¡oh juez! el ministerio angusto  
De hacer justicia segun ley ejerzas;  
Como particular no te conozco.—  
¿El escribano? Cuando gustes, venga. (Se despide.)  
¿Qué desabrido juez, y qué desgracia  
Que la espléndida toga se oscurezca  
Con el tético humor del que la viste!  
Verdad es que no todos se asemejan.

## ÓPERAS.

### I.

## UN CASAMIENTO.

ÓPERA EN UN ACTO.

### PERSONAS.

MATILDE.	TRIFON.
PAULINA.	GUZMAN.

### ESCENA PRIMERA.

La escena se figura en la casa-palacio de Matilde.

### MATILDE.

(Se pasea en silencio, esperando á su mayordomo, y dice al verle, pero sin presentarse en el teatro.)

### MATILDE.

Entrad, no se detenga  
El mayordomo mio.  
Orden: así que venga  
Guzman, se cuidará de que no salga.  
Y si, para burlar á mí albedrío,  
A la amenaza ó súplica acudiere,  
Ni amenaza ni súplica le valga.  
La fuerza con la fuerza,  
Si necesario fuere,  
Repélase; yo quiero  
Que nadie, nadie mi decreto tuerza.  
¿Estais? también os mando  
Que en dia tan feliz y placentero  
El innúmero bando  
De todos mis sirvientes,  
Doncellas, dependientes,  
De gala se atavien.  
Con majestad pomposa;

(2) Variante:  
Y le consuelo en su fortuna aviesa,  
Alejo su tenor; con mano amiga

Adórnese el palacio,  
Porque hoy, así lo anunciaréis, se esposa  
El sin igual Trifon con mi Paulina,  
Y así mi voluntad lo determina.

(Como que se va el mayordomo.)

Veremos cuál el Noble de estos días  
Con su triunfante acero  
Resiste altivo las empresas mías. (Canta.)

A tus lides,  
A tus glorias y victorias,  
Mis arduos  
Y mi esfuerzo fatal rendirán;  
Tus enojos  
Y tu espada no domada  
Los despojos  
De mis plantas en breve serán.  
De Paulina  
Bien que implores los amores,  
Triste ruina  
Ella y ellos por mí sentirán.

## ESCENA II.

MATILDE, TRIFON.

MATILDE.

Las órdenes se dieron;  
Y ese Noble del día  
Verá la diferencia  
Que va de su ascendencia  
A la progeñie mía.

Los que sus padres son, los míos fueron.  
¡Cómo voy a gozar regocijada  
De su insolente vanidad ajada!  
¡Atreverse el insano  
De la hija del Duque de Corinto  
A pretender la mano!  
El pensarlo no más de horror me llena  
Y mi grandiosa celsitud ofende,  
Ofende mi adorable jerarquía....  
Pague el procaz la merecida pena  
Que le prepara la venganza mía.

TRIFON.

Y la mía también a par enciende  
Su temerario arrojo.  
Si por el dios guerrero  
Fué tu espada mortífera impelida,  
Destrozada y vencida  
Por mi valiente acero  
Será; será despojo  
Y trofeo a tus plantas de tu enojo,  
Y la víctima humilde.  
Si Marte es la deidad en quien confía,  
Mayor es mi deidad, la gran Matilde.

MATILDE.

Ya conozco, Trifon, que por tus venas  
Hierve la sangre mía.

TRIFON.

Del que se llama de Paulina primo,  
Duque, columna y esplendor de Atenas.

MATILDE.

Por eso mi cariño te destina  
Para ser el esposo de Paulina.

TRIFON.

Dechado de belleza, por quien gimo  
Hasta lograr su mano.

MATILDE.

Dentro ya de brevísimos momentos  
Tendrás, por mí lo juro,  
Su dulce posesión y señorío;  
Y gozoso verás, verás seguro,  
El suspirado fin de tus tormentos.

TRIFON.

¡Ah! si Guzman ufano  
Su tierno corazón no cautivara!

MATILDE.

¡Y qué! ¡Mi poderío  
Tan poco vale! ¡Qué! ¡Tan presto olvidas

Lo que soy! Si te ampara  
Matilde, ¿por qué, tímido, recelas?  
¡Qué más, qué más anhelas?  
Expónmelo, declara....

TRIFON.

No más.

MATILDE.

Pues yo te mando,  
Si deseas gozar de mis favores,  
Que tus desconfianzas y temores,  
Que sin razón anidas,  
Y mi orgullo ultrajando  
Y mi poder están, Trifon, despidas.

TRIFON.

Perdóname: de tí por un instante  
Olvídemme; ¡oh dolor! de pena muero,  
En mi Paulina y en su amor pensando.

MATILDE.

Pues Matilde es primero,  
Primero que tu amor y que tu amante.  
Por esta vez tan desleal ofensa  
Munifica perdono.  
Ahora sólo en tu fortuna piensa,  
Ahora en complacer agradecido  
A mi terrible encono.  
Si ese loco atrevido  
Que, con necia altivez, el claro lustre  
Ofuscar intentó de mi grandeza,  
A mis pies humillado  
No demanda perdón....

TRIFON.

A mi cuidado,  
A mi pujanza tan glorioso empeño  
Resérvase por tí; por tí lo juro,  
Que me das de Paulina ser el dueño,  
Y a todos me prefieres.

MATILDE.

Probarás mi rigor si no lo hicieres.

TRIFON. (Canta.)

El ardor de aquesta espada,  
Por mi brazo manejada,  
Hará que humilde

A Matilde  
Guzman doble la cerviz.  
La grandeza de la tierra,  
Dirá, toda en vos se encierra;  
Y dirá humilde:

Sin Matilde  
Nadie puede ser feliz.  
Nadie feliz  
Sin Matilde,  
Dirá humilde,  
Cuando, cuando por mi espada  
Doble, doble la cerviz.

MATILDE.

Mas Paulina allí viene.  
Parte, vuelve despues. Hablarla á solas  
Por mi decoro, por tu bien conviene.

## ESCENA III.

MATILDE, PAULINA.

MATILDE.

Este plausible día,  
Por mí tan deseado,  
Mudanza de costumbres y deseos  
Requiere. ¡Fuera ya los devaneos!

PAULINA.

¡Cuáles son, madre mía?

MATILDE.

Con ese nuevo estado  
Que á tomar vas ahora,  
Felizmente de hija á madre pasas,  
De súbdita á señora.  
Hija fui, como tú; las distracciones  
Mi juvenil espíritu movieran,  
Y prender corazones,

MATILDE.

¡Oh Guzman! Ya conozco tu doctrina,  
Si con un Noble nuevo  
Mi estirpe se entrelaza, ¿qué te debo,  
Oh bárbaro destino?

PAULINA.

De otro igual, madre mía,  
Nuestro linaje y esplendor provino.

MATILDE.

¡Oh Guzman! ¡Oh Guzman! Ya lo temía!  
¡Y sin el maternal consentimiento!

PAULINA.

Aun no es llegado el día.

MATILDE.

¡Sin elegirle yo!

PAULINA.

¡Vos! A mí toca.

MATILDE.

Soy tu madre, tu madre soberana,

PAULINA.

Mi madre, no tirana.

¡Y si yo no consiento?

MATILDE.

Te obligaré.

PAULINA.

No puedes; que no es tuyo  
Mi corazón, ni tuyo mi albedrío.  
Tuyo el consejo; lo demás es mío.

MATILDE.

¡Oh Guzman! Tú me abates.

PAULINA.

¿Qué dices?

MATILDE.

Que jamás, jamás le trates,  
Le veas, ni repugnes obstinada  
Mi suma voluntad y mis furiosos.  
A Trifon, olvidada  
De Guzman, los amores,  
A tu esposo Trifon de hoy más aplica....

PAULINA.

Mi madre á su furor me sacrifica....

Héme tu vil desecho.

MATILDE.

Tu mano.... es.... de Trifon.

PAULINA.

Mas no mi pecho.

MATILDE.

Empieza con su amor á complacerte.

PAULINA.

Antes elijo que su amor, la muerte.

MATILDE.

En las hermosas alas  
De la pasión se acerca: su deseo  
Ya viene á coronar el Himeneo.  
¡Si tu padre viviera!

PAULINA.

Paulina entonces infeliz no fuera.

MATILDE.

Corre, dispon las galas,  
Y déte el cielo venturoso fruto.

PAULINA.

Esas galas serán mi eterno luto. (Canta.)

Horror y luto eterno  
Serán las negras galas  
En quienes me señalas  
Mi vil esclavitud.

Tu voz el hondo Averno  
Por mi mansion indica,  
Trifon, Trifon fabrica  
Mi fúnebre ataúd.

Esquivarlos despues, mis glorias eran.  
Mas luégo que Himeneo  
A su coyunda mi cerviz atára,  
Otro fué de mis horas el empleo,  
Otra también mi vida.  
De pródiga en avara  
Mudéme, de vivaz en contenida.  
¡Y qué, cuando á mis súplicas ardientes  
El cielo apiadado,  
Me concediera un hijo?  
¡Ay! este regocijo,  
¡Cuán súbito cambiado  
Le noté por afañes diferentes!  
El inquieto temor de malograrle,  
El ansia de educarle,  
Hacer que ni en costumbres ni carrera,  
Modales ni doctrina,  
De sus progenitores desdijera....  
Si tú supieras, si supieras cuánto  
Me cuestas, ¡oh Paulina!  
Tú duermes descuidada,  
De juego en juego vueta  
Tu fantasía sin cesar; en tanto  
Tu madre, acongojada,  
Por tu ventura sin reposo vela.  
Lo mismo vas á ser; desde este día  
No vives para tí; para tu esposo,  
Para tus hijos ¡oh Paulina! vives.  
Ya es fuerza que abandones  
Tus locos galanteos  
Y á los amantes con rigor esquives.

PAULINA.

¿Cuáles son, por tu vida, mis pasiones  
Y aquellos devaneos  
Que con faz enojosa  
A reprobar, ¡oh madre! comenzaste?

MATILDE.

Ese Guzman, Guzman, á quien tu pecho,  
En demasta dócil, entregaste....  
¡Inexperta!

PAULINA.

Me quiere por esposa  
Y vive en mi palabra satisfecho.

MATILDE.

¡Palabra!

PAULINA.

Si.

MATILDE.

¿Qué has hecho?

Un rayo me confunda....  
¡Oh madre desgraciada sin segunda!  
¡De tus progenitores  
Así degeneraste!  
¡Así con pensamientos tan villanos  
Los claros resplandores  
De la casa mayor amancillaste!  
¡Para esto fué vivir? ¡oh soberanos  
Cielos! ¿para esto mi afañar continuo?  
¡Para ver mi desdoro?  
¡Así, crúel, así me recompensas  
Cuidados tan acerbos, tan inmensas  
Fatigas y el amor con que te adoro?  
¡Mezclar la sangre mía  
Con la de un militar no más que honrado,  
A quien siguió la próspera fortuna  
En la marcial porfía!

PAULINA.

Y ¿quién fué el primer rey? otro soldado,  
Y soldado el primero que tu casa  
Ennoblecio.

MATILDE.

¿Mi cuna  
Podrá nunca poner en competencia?

PAULINA.

¿En la cuna? En las inclitas acciones  
Y en la virtud está la diferencia.